

DE ALGUNAS TRADICIONES HISPANOMUSULMANAS EN LA
ARQUITECTURA POPULAR ESPAÑOLA

Las formas de la arquitectura popular suelen proceder, a través de un largo proceso de simplificación, de la que pudiera llamarse, respecto a aquélla, gran arquitectura o arquitectura monumental. Progresos e innovaciones se realizan siempre en los edificios más importantes, levantados con amplios recursos en las ciudades populosas, para un destino oficial o para servir de albergue a gentes de elevada categoría social o económica. Algunas de las formas de estos edificios repítense en interpretacio-

¹ Es curioso señalar el hecho de que en Marruecos no existan ajimeces, que parecen privativos en Occidente de las grandes ciudades hispanomusulmanas. De Andalucía pasaron, en cambio, a la América española, donde abundaban mucho en las iglesias — también los había en el interior de algunas barrocas españolas, como la de San Luis, de Sevilla — y aún se conservan ejemplares magníficos en Lima — palacio de Torre Tagle — y en el Brasil (Manuel Toussaint, *Arte mudéjar en América* [México 1946], pp. 83 y 115. Cítase en esta obra un artículo de Esteban Pinto, *Muxarabis e Balcoes*, apud *Revista do Serviço do Património Histórico e Artístico Nacional*, 7, 1943, que no he podido consultar).

nes bárbaras y torpes, pero a veces no desprovistas de gracia y valor pintoresco, hasta llegar a los últimos estratos de la arquitectura de viviendas modestas, en la que permanecen estancadas durante siglos. El pueblo ha sido, singularmente en España hasta hace poco tiempo, el núcleo social más hondamente tradicionalista y conservador.

No todos los elementos de la arquitectura monumental pasan a la popular. Tan sólo asimila ésta algunos. Las causas de la elección son muy complejas y se relacionan con las leyes del proceso de la evolución artística.

De la arquitectura romana proceden, por ejemplo, en la rural española, en la que aún están vigentes: procedimientos constructivos, como el tapial para edificación de muros; formas estructurales, como las solanas, balcones y pisos altos, volados sobre bovedillas sostenidas en vigas empotradas en las fachadas — aún se ven en algunos lugares de Extremadura, Guadalupe entre otros, y de Aragón —, y disposiciones decorativas, como los pavimentos rústicos formados por piedras de diferentes colores, agrupadas formando sencillos dibujos.

Es frecuente decir de muchos pueblos y villas andaluzas que su ambiente y aspecto son árabes. La impresión brota por contraste con los núcleos de población de la España septentrional. Pocos serán los que puedan concretar en qué reside ese orientalismo que intuitiva y certeramente señalan. Casi siempre lo sugieren elementos tan humildes y escasamente destacados, que hay que proceder a un examen detenido para captarlos: disposición y tamaño de los huecos; estructura de las cornisas; colocación de las tejas; forma de las salidas de humos, etc. De algunos de estos elementos es posible seguir su evolución en sentido inverso a como se realizó, remontando el curso de los siglos hasta llegar a la forma originaria. Entre ésta y la postrera suele haber, no sólo una distancia de centenares de años, sino también la profunda que separa a una disposición artística extraordinariamente compleja y rica, de otra situada en el límite extremo de la sencillez y aun de la pobreza.

Algún día deberá escribirse el capítulo de la historia de nuestra arquitectura, aún ni siquiera esbozado, que refiera, con auxilio de abundantes gráficos, cómo muchas de las formas arquitectónicas más llamativas pasaron simplificadas a las viviendas populares.

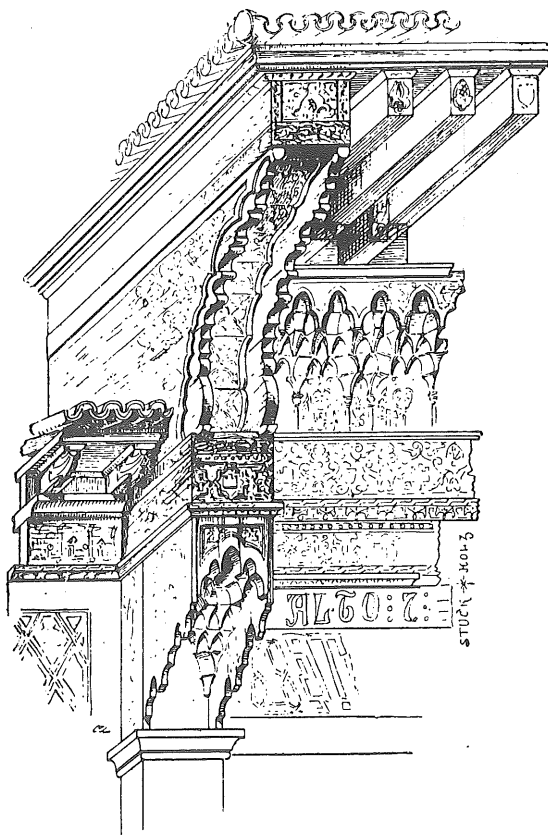
En las páginas siguientes se apunta el esquema histórico de una de ellas, que revistió gran riqueza y aparato en alcázares reales y cuyo modesto eco aún resonaba en Andalucía, Levante y Aragón en los siglos XVII y XVIII, y resuena actualmente en el norte de África. Un hecho más que agregar a los muchos que testimonian el íntimo enlace de la vida peninsular con la septentrional africana durante la Edad Media.

La arquitectura nazarí creó, a fines del siglo XIII y a principios del XIV, sobre disposiciones almohades, un tipo de portada monumental de gran riqueza aparente, a base de una puerta con dintel adovelado y una ventana gemela encima. Flanquean ambos huecos una pilastra de poco vuelo a cada lado, que, casi siempre por intermedio de una columnilla empotrada, simula apelar un gran mensulón, de yeso en su parte inferior, y de madera ricamente tallada en la alta, que recoge a su vez los extremos del crecido saliente de un alero. Este tiene el doble oficio de proteger las yeserías pintadas y los azulejos que cubren el frente de la portada, y de limitar ésta vigorosamente por su parte superior con una zona de sombra, contribuyendo así a la monumentalidad del conjunto. El arte incomparable de los carpinteros y tallistas musulmanes de la Península, sin paralelo en este aspecto en el resto del mundo islámico, continuado por los mudéjares, tuvo en la parte superior de los mensulones, en el friso y en el alero, amplio campo en el que ostentar su maestría. Toda la talla en madera iba también pintada. El efecto de riqueza sería extraordinario, y ni aun lejanamente podemos imaginarlo, tras varios siglos de completo olvido de la policromía arquitectónica.

La obra maestra de estas portadas es la del Cuarto de Comares en la Casa real de la Alhambra de Granada, en la que el tema se amplía para formar una fachada monumental. Como era

obligado en viviendas musulmanas, está en un patio interior. alguna de sus inscripciones alude a Muḥammad V, que reinó de 755 = 1354 a 760 = 1358 y de 763 = 1362 a 793 = 1390.

Réplica de esta granadina es la fachada del alcázar de Sevilla,

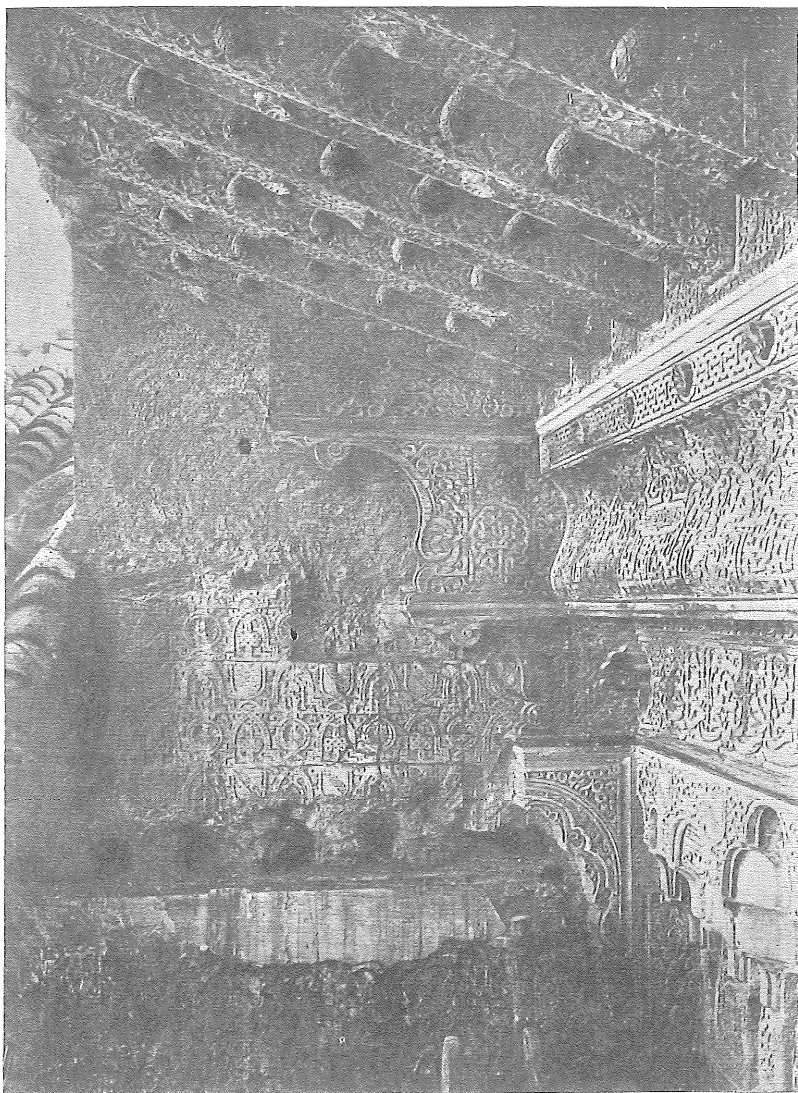


Sevilla. — Alcázar. Detalle de la parte alta de la fachada.

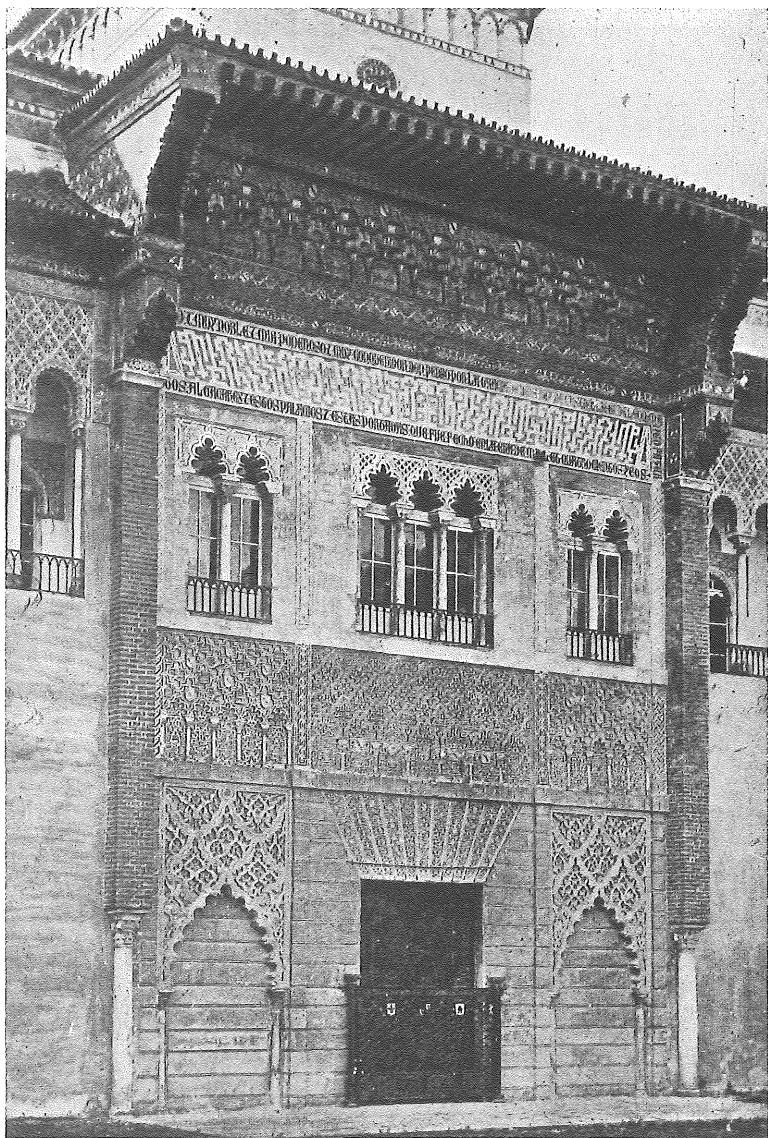
en el patio del León, edificada, según el epígrafe que ostenta, en 1364 por don Pedro I. La fecha acredita que el modelo de la Alhambra se labró en la primera etapa del gobierno del monarca nazarí, amigo y protegido del castellano.

El tipo, como se dijo, ha de ser anterior a Muḥammad V, pues se encuentra en edificios más viejos de Marruecos — puerta principal del recinto de Chella, construido entre 739 = 1339 y 755 = 1354—; de Tremecén — madra-

za de Sidī-Abū Madyan (747 = 1347) y mezquitas del mismo nombre (739 = 1339) y de Sidī Lhalwi (hacia 754 = 1353) —, y aun de Castilla — palacio edificado por doña María de Molina en Valladolid, a fines del siglo XIII, convertido luego en



Granada. — Alhambra. Fachada del Cuarto de Comares. Detalle del friso y alero.

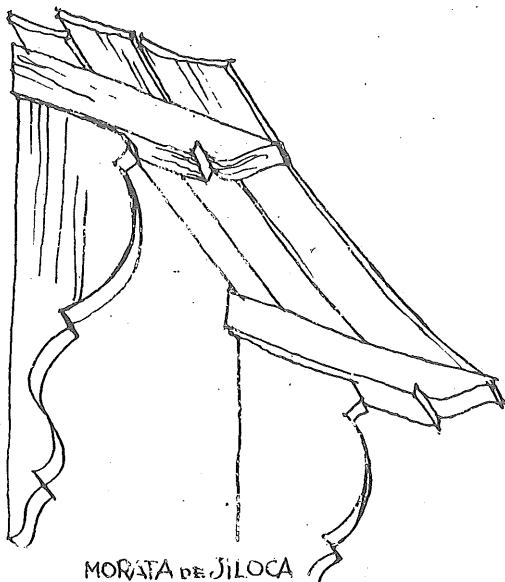


Sevilla. — Alcázar. Fachada.

Fot. Ruiz Vernacci.

monasterio cisterciense, llamado de las Huelgas, y el palacio que levantó en Tordesillas Alfonso XI entre 1340 y 1344, después de la «pelea de Benamarín», hoy conocida por batalla del Salado —. Alcanzó la disposición arquitectónica comentada su más monumental y rica expresión en los dos ejemplares citados de Granada y Sevilla, pero, casi siempre simplificada, repitióse muchas veces en puertas de edificios civiles, mezquitas y madrazas de la España musulmana y del Magrib, y en iglesias, conventos y palacios mudéjares.

El elemento más característico, conservado casi siempre, es el alero de mucho vuelo sobre zapatas y grandes ménsulas en sus extremos, apeadas en



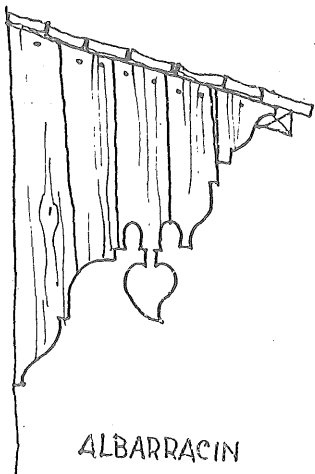
Morata de Jiloca (Zaragoza). — Guardapolvo de un balcón.

Dibujo de José Luis Picardo.

pequeñas pilastras, en columnillas o en ambos elementos a la vez. Cuando el edificio no tiene planta alta, el alero se convierte en un guardapolvo de la puerta y lo protege una cubierta de tejas. En la España mudéjar es frecuente el caso de la desaparición del alero o guardapolvo; permanecen tan sólo las pilastras y columnas laterales flanqueando el hueco, o los huecos, en caso de haber piso alto. En Toledo y Sevilla puede seguirse la evolución de este tipo de portada durante los siglos XV y XVI. En sus ejemplares, columnas y pilastras carecen de justificación y no se explican si se desconoce el modelo del que proceden. Quede

para otra ocasión el análisis detenido de estas portadas, desde el arte almohade hasta el siglo XVI.

La arquitectura popular simplificó aún más el tipo originario, pero sin prescindir, con mayor lógica, del elemento fundamental, es decir, del guardapolvo. Desaparecieron, en cambio, las pilastras y columnas laterales y los canecillos del alero, innecesarios por las reducidas dimensiones



Albarracín (Teruel). — Costado del guardapolvo de un balcón.

Dibujo de José Luis Picardo.

y poco peso de aquél. Es frecuente también que no exista la protección de la cubierta de tejas. El guardapolvo queda entonces limitado a una tabla horizontal o algo inclinada hacia adelante, sostenida por otra vertical en cada extremo, recortadas éstas con un perfil de varias curvas, mediante el cual aumentan de vuelo progresivamente desde el plomo de la fachada hasta la máxima salida de la tabla o techillo que sostienen.

Guardapolvos como el descrito se ven sobre las ventanas y balcones de muchas casas antiguas de la mitad meridional y del levante español¹. Como la madera de la que se hicieran no está casi nunca protegida de la lluvia y del sol, van destruyéndose, y cada día que pasa su número es más reducido. Acabarán por desaparecer en poco tiempo.

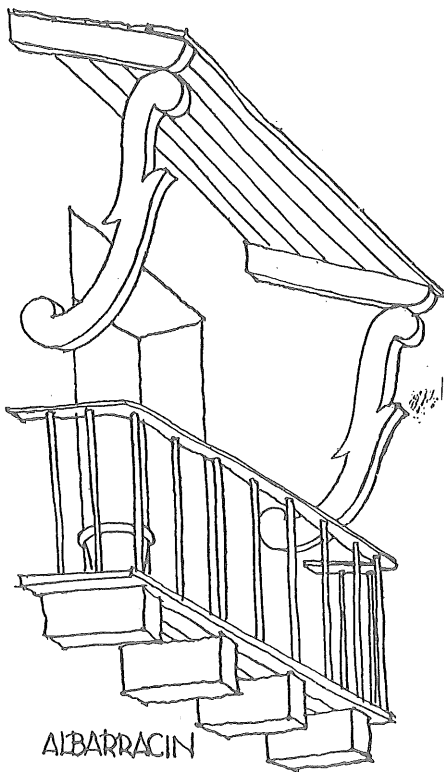
En estas páginas se recogen algunos deliciosos, como el del corazón colgante recortado en la tabla — tal vez de la vivienda de un usurero —, y el de las ménsulas en forma de S, con su inconfundible sello de época. Antes de que acaben de desaparecer estos y otros detalles de arte popular de los pueblos es-

¹ Hay otro tipo de guardapolvo, formado también por tablas de madera, pero inclinadas, dispuestas en dos vertientes. Las sostienen pequeños canecillos colocados a diferentes alturas.

pañoles, deberían ir nuestros dibujantes por las comarcas rurales reproduciéndolos.

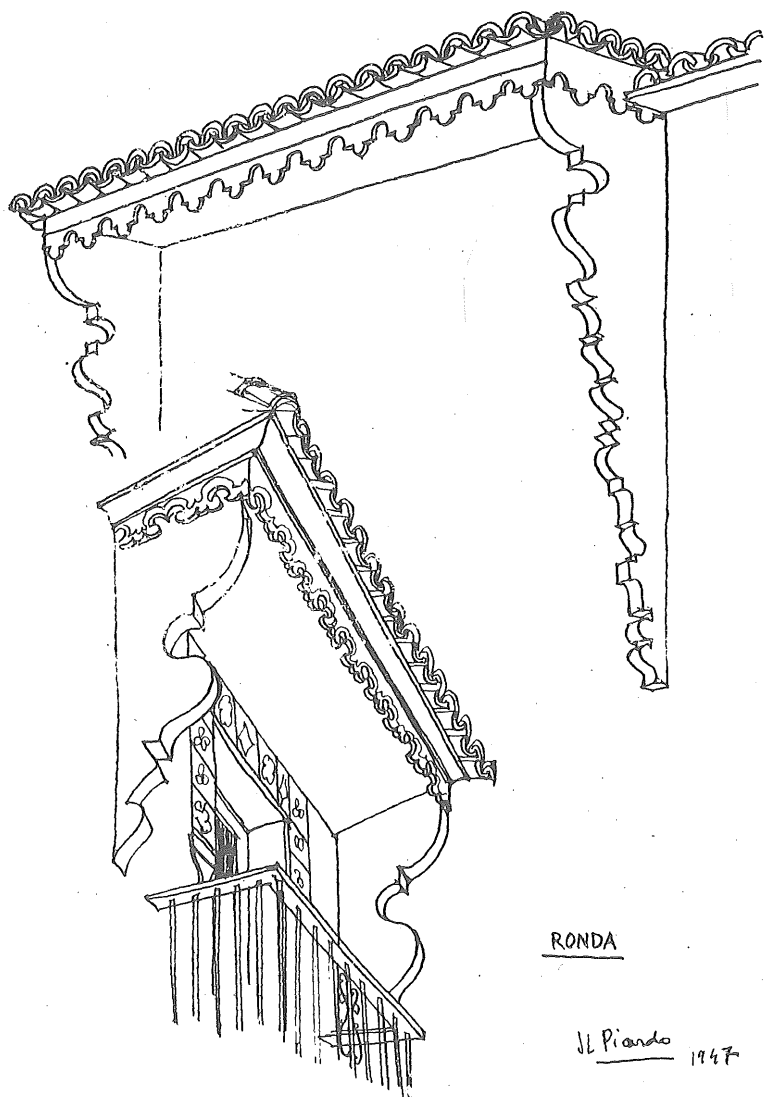
En Ronda hay un tipo de guardapolvo algo más rico que los anteriores. Ignoro si se extiende por las regiones inmediatas o queda reducido a esa ciudad. En balcones de algunas de sus casas las tablas verticales se sustituyeron por menulones de fábrica, al parecer de ladrillos puestos de canto, empotrados en el muro y revestidos. Su vuelo aumenta progresivamente al estar cortados según una serie de líneas curvas acopladas, entre las que hay algunas pequeñas rectas. Sobre ellos descansa un techillo horizontal de madera, del que cuelga, como elemento decorativo, una cenefa de tabla, recortada en forma de festón. Otra, lisa o perfilada, a modo de cornisa, oculta los extremos de los parecillos que forman la pequeña armadura a tres vertientes, cubierta con teja. Excusado es decir que todos estos guardapolvos tienen por función proteger a las gentes asomadas al balcón o ventana de los rayos del sol.

Tanto los ejemplares rondeños como los de madera reseñados son de los siglos XVII y XVIII, pero sin duda reproducen otros más antiguos y próximos a los hispanomusulmanes. La



Albarracín (Teruel). — Balcón con guardapolvo.

Dibujo de José Luis Picardo

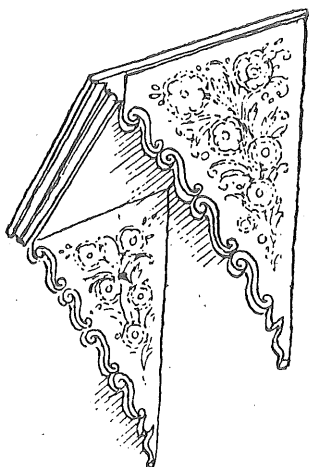


Ronda (Málaga). — Guardapolvos sostenidos en mensulones de ladrillo.

Didujo de José Luis Picardo.

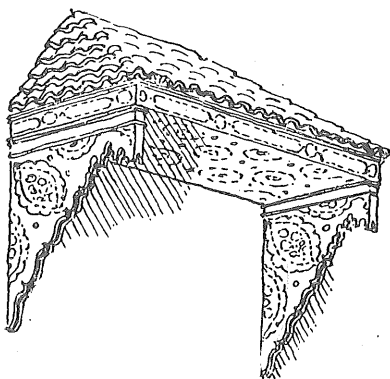
tradición de éstos, lo que comprueba el abolengo islámico de

los españoles — las fotografías y dibujos adjuntos lo prueban con bastante elocuencia — se ha conservado en el Magrib, en donde guardapolvos muy semejantes a los andaluces protegen también del sol las ventanas y balcones abiertos a jardines y patios interiores de no pocas casas ¹. Entre unos y otros no puede haber más relación que la de su común origen. Las ménsulas de los africanos son tablas de madera, verticales, de canto, cuyo vuelo aumenta progresivamente mediante un perfil de pequeñas curvas escalonadas, de abolen-go almohadé. En su parte alta reciben un techillo o tablero de



Guardapolvo del hueco exterior de una casa marroquí.

Dibujo de Alberto Laprade.



Guardapolvo del hueco exterior de una casa marroquí.

Dibujo de Alberto Laprade.

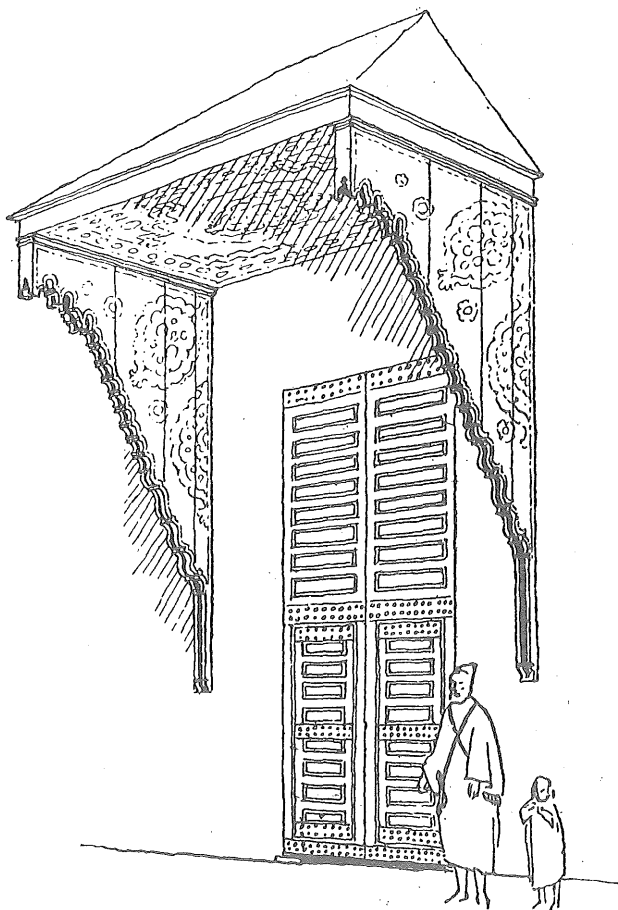
madera horizontal o inclinado. En las casas de alguna importancia, las tablas verticales y el tablero van primorosamente pintados.

En construcciones de mayor modestia se simplifica aún más el guardapolvo, que queda reducido a un tablero liso, inclinado hacia adelante, colgado por medio de una cuerda de un clavo que está en la pared, sobre él ²,

esta obra pertenecen los tres dibujos de guardapolvos de Marruecos que acompañan a estas páginas,

¹ Jean Gallotti, *Le jardin et la maison arabe au Maroc*, II (París 1926), láms. 65, 129 y 131. A

² En Andalucía, las tablas que forman el techillo de los guardapolvos tam-

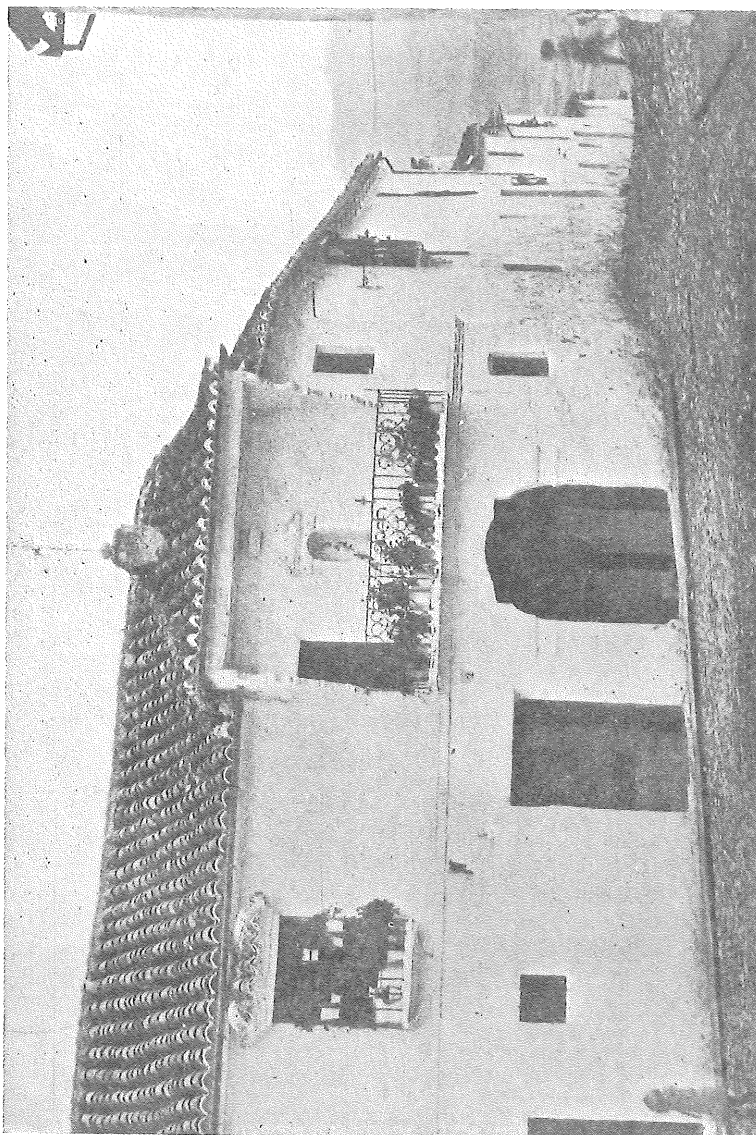


Guardapolvo de la puerta de una casa marroquí.

Dibujo de Alberto Laprade.

y al que ayudan a sostener un pequeño tornapunta a cada extremo.

bién suelen sujetarse colgándolas de un clavo empotrado en el muro sobre ellos. Por ejemplo, en la fachada de la casa n° 4 de la plaza de Rafael Rivero, en Jerez de la Frontera.



Ronda (Málaga). — Posada.

Fot. Mas.



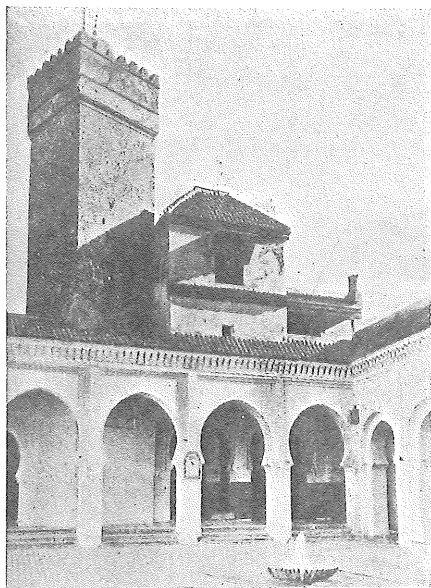
Ronda (Málaga). — Posada.

Fot. Mas.

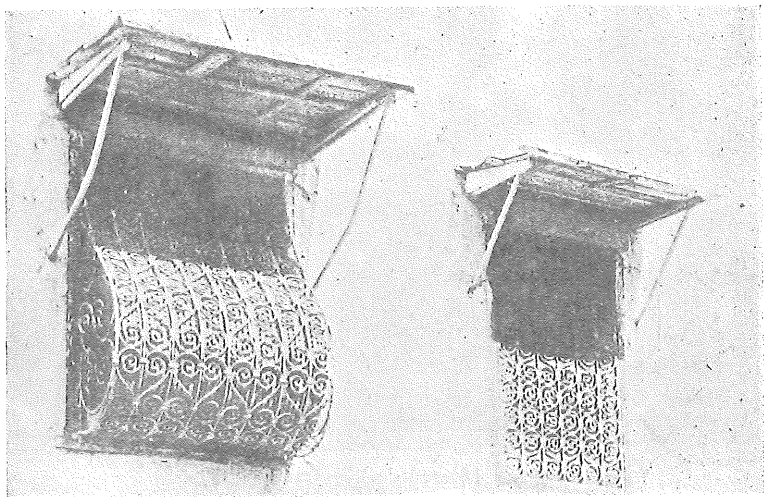


Alcazarquivir (Marruecos). — Calle.

Fot. Zubillaga.



Fez. — Mezquita de los Andaluces. El alminar, la habitación del *muwaqqit*, con el balcón protegido por un guardapolvo, y el ángulo sudeste del patio.



Túnez. — Ventanas enrejadas con guardapolvo.

El auge de los guardapolvos, tan específicamente musulmanes, en Andalucía, en época barroca, es dato que, unido a otros, demuestra cómo en múltiples aspectos el arte español de los siglos XVII y XVIII se enlaza con el árabe y mudéjar a través del paréntesis — siglo y medio — del Renacimiento. Esos movimientos artísticos tienden, con sentido castizamente hispánico, como ha probado el arquitecto Fernando Chueca en una obra reciente, a descomponer y fragmentar los elementos arquitectónicos, líneas, superficies y volúmenes. Los guardapolvos rondeños lo mismo pueden clasificarse entre las formas hispanomusulmanas que entre las barrocas. — L. T. B.